



él es, en efecto, arruinar el todo; porque lo indivisible, ó existe completo, ó desaparece enteramente. A pesar de esto, se hicieron nuevas tentativas para entenderse, y los teólogos protestantes hacían cada día nuevas concesiones, las cuales acreditaban claramente que se trataba en la negociación de algo más que de las verdades de la fe. Melancton llegó hasta conceder las prerogativas de los obispos. «¿Con qué derecho pretenderíamos quitar á los obispos su autoridad, siendo ellos los depositarios y dispensadores de la sana doctrina? No solamente, y lo digo con sinceridad, quisiera yo robar su poder, sino restablecer además todo el gobierno del episcopado. Porque ¿qué Iglesia tendremos después que haya desaparecido la autoridad episcopal, y qué tiranía tan insostenible no sucederá á lo que hayamos destruido?» Todavía escribía en más explícitos términos al legado Campeggio en lo que se refiere al papa: «No tenemos más doctrina que la de la Iglesia romana. Hasta nos hallamos dispuestos á obedecer, por poco que, usando de la misericordia que ha empleado siempre con todos los hombres, deje ciertas cosas y cierre los ojos sobre ciertos puntos poco importantes, que en adelante no podríamos cambiar aún cuando quisiéramos. Nosotros honramos y veneramos al papa de Roma y toda la constitución de la Iglesia, con tal que el papa no nos repudie. Mas ¿por qué hemos de temer? Presentándonos suplicantes, no se nos rechazará, siendo por lo mismo tan fácil de restablecer la unidad. En los usos que parecen oponerse á una reconciliación sincera, no hay más que diferencias muy insignificantes. Los mismos cánones convienen en que se puede discrepar ó disentir en puntos de este género, y estar, sin embargo, unido á la Iglesia.»

Causaron estas palabras extraordinario asombro entre los partidarios de Melancton, que tuvo que sufrir amargas reconvenciones en nombre de muchas ciudades inclinadas al luteranismo, y en particular de Nuremberg. Melancton se quejó de ello amargamente. «No podemos creer, escribía á Lutero, el odio que me han tomado los de Nuremberg y otros, porque he concedido la jurisdicción de los obispos, lo

»cual prueba seguramente que todos esos descontentos no combaten por el evangelio, sino por sus intereses particulares.»

Lutero se hallaba asimismo muy poco satisfecho. Permanecía en Coburgo, siempre dispuesto á dar su parecer sobre los negocios importantes. «No me acomoda de ninguna manera, contesta indignado á Melancton, que se pretenda tratar de la unidad en la doctrina, supuesto que es enteramente imposible semejante unidad, á menos que el papa quisiera renunciar á todo su aparato de pontificado. El negocio irá al fin á perderse en esas luchas eternas y en esas concesiones sin término. Los asuntos católicos nos han tendido en esto un lazo, del cual es preciso salir.»

Al mismo tiempo que se estaba negociando de esta manera, Melancton había terminado su apología de la confesión de Augsburgo, como refutación de la refutación católica. Los príncipes la presentaron al emperador, que la rechazó de la misma manera que había rechazado la confesión: pero entre los protestantes adquirió igual autoridad que la misma confesión de Augsburgo. A su vez, las cuatro ciudades inclinadas al zuinglianismo, Strasburgo, Lindau, Constanza y Memmingen, habían publicado otra confesión de fe común (*confessio tetrapolitana*). Zuinglio había presentado otra especial, en la que hacía resaltar la oposición de su doctrina con la de Lutero respecto de la Cena, cuya circunstancia dió motivo para que Melancton, escribiendo á uno de sus amigos, dijera: «Es menester que Zuinglio se haya vuelto loco.» Después de otras muchas negociaciones inútiles, proclamó el emperador por un decreto: «Que los protestantes habían sido refutados por medio de principios ciertos, sacados de las Santas Escrituras, y que era preciso que pensáran en el partido que debieran tomar hasta el 15 de Abril del año siguiente.» Muy poco después apareció otro decreto de la Dieta, en que el emperador declaraba positivamente que se consideraba como obligado en conciencia á defender la antigua fe católica, y los príncipes prometieron ayudarle en su empresa con todo su poder.»

Terminada la Dieta, volvióse el emperador



á Colonia, sin que aquí pudiera tampoco hacer efectivo ninguno de sus proyectos; pues no solamente no halló á los príncipes católicos dispuestos á secundarle, sino que se vió precisado á acudir á los mismos príncipes protestantes para conjurar los inminentes peligros de la invasión de los turcos. Irritados con la elección de su hermano Fernando, rey de romanos (1531), los príncipes protestantes se negaron á dar auxilios al emperador, á menos que fuera con la condición de que se modificarían algo las últimas determinaciones de la Dieta. Habían concluido además, entre sí, una liga defensiva por seis años en Smalkalda (29 de Marzo de 1531), y procedían con tanta más seguridad y audacia en esta nueva senda, cuanto que Lutero y Melancton, volviendo á su antigua resistencia, autorizaban para en adelante el empleo de las armas en la defensa del protestantismo. De consiguiente, bajo una protección de respetos, el aliado natural de los príncipes protestantes fué entonces el sultán de los turcos, quien deseando aprovecharse de las divisiones de los alemanes, permitía con este mismo objeto que los que la estaban despidiendo se rebeláran contra el emperador. Otra de las determinaciones de la Dieta que les molestaba muchísimo, era la que exigía la restitución de los bienes eclesiásticos de que se habían apoderado, y que condenaba á ser expulsado del imperio al que se resistiera á cumplirla. El emperador se vió obligado á entrar en negociaciones en Francfort, las cuales se acabaron en Nuremberg (23 de Julio de 1532), conviniéndose por fin en que hasta la celebración del concilio general no se procesaría á ningún príncipe; que todo quedaría *in statu quo*, y que, sin embargo, únicamente los que hubiesen reconocido ya la confesión de Augsburgo serían comprendidos en la paz. Lutero y Melancton, que habían manifestado singular empeño en que los príncipes protestantes adoptasen esta última cláusula, quedaron muy satisfechos de lo que habían conseguido. Y como los turcos iban siempre ganando terreno, los príncipes protestantes procuraron aprovecharse aún de los progresos del enemigo para relajar más y más sus lazos respecto del emperador.

Felipe de Hesse trató con Francisco I, rey de Francia. Ulrico, duque de Wurtemberg, condenado á destierro del imperio, y cuyos Estados había obtenido ya Fernando, entró en la liga protestante, y fué reinstalado, con las armas en la mano, en su ducado, por el mismo Felipe de Hesse. Juan Brens y Erhardo Schneps consolidaron el protestantismo en Wurtemberg, donde lo habían ya propagado el agustino apóstata Juan Mantel, Conrado Sam de Rosenacker y otros. Entróse en seguida en conferencias con los suizos, y como Bucero se condujo con su ordinaria perfidia, acomodándose á las circunstancias y hablando contra sus convicciones, se efectuó la unión, á pesar de la opinión contradictoria de Lutero (1538). Al fin se entendieron ó aparentaron entenderse sobre la doctrina, interpretando cada uno la fórmula de la Cena como le dió la gana.

Si puede concederse á Zuinglio la triste gloria de haber luchado antes que Lutero contra la Iglesia, ha de rehusársele toda originalidad doctrinal, por haber sacado sus principios de los escritos de Lutero, que muy luégo se esparcieron por la Suiza, modificándolos según sus alcances, y acomodándolos á las maneras de su espíritu superficial, y protestando principalmente contra todo lo que tiene el cristianismo de misterioso. Todo su sistema se funda en este principio: Que la Sagrada Escritura es la única fuente de la fe, y que la razón humana tiene el derecho absoluto de interpretarla y de rechazar todo lo que supera sus alcances. Por lo demás, Zuinglio, como todos los reformadores, está en la pretensión de haber sido divinamente inspirado, é iluminado inmediatamente por una luz debida á sus continuas oraciones. «El pecado original, dice, no es más que una simple enfermedad, una predominancia de la sensualidad, que no hace al hombre culpable, porque no es responsable de ella, ni le pone ningunas trabas á su voluntad. El bautismo no destruyó el pecado original. Los sacramentos no son más que unos signos de la gracia que ya de antemano se poseía; la cena no es más que una simple memoria de la muerte expiatoria de Jesucristo; las palabras de la institución eucarística deben entenderse



»en sentido figurado; sobre todo, dice Zuinglio, »respondiendo con anticipacion á la interpretacion calvinista, no ha de hacerse caso de los »que dicen: Comemos verdaderamente la carne »de Jesucristo, aunque espiritualmente, porque »añade Zuinglio para robustecer y confirmar »su sistema, Jesucristo se subió al cielo con su »cuerpo; rige la Iglesia con su espíritu y su »gracia; le ha dejado en los sacramentos un »recuerdo de su vida y de su pasion; y está »presente en ella, no corporalmente, sino únicamente por su celestial virtud.» Zuinglio afirma tambien que Dios es el primer principio del pecado. Una necesidad divina es la que arrastra al hombre á cometer todos los crímenes, hasta la traicion y el homicidio; y de este modo el sectario suizo abre un ancho camino al sistema calvinista de la predestinacion absoluta. Finalmente, adopta Zuinglio las doctrinas de Séneca, de que Dios es el alma del mundo, y cree la transmigracion de las almas. Coloca en la sociedad de los escogidos con Cristo, á todos los paganos ilustres, Numa Pompilio, etc.

Por este sistema seco, árido y superficial no se distingue ménos Zuinglio de Lutero que de la doctrina católica. Esta aridez nos explica suficientemente por qué se perdió tan pronto en la secta zuingliana el sentimiento religioso, al paso que se conservó largo tiempo en el luteranismo.

Los esfuerzos que hizo el papa Clemente VII para la reunion del concilio, tantas veces prometida, y á la que últimamente se habian solemnemente empeñado, cuando la paz de Nuremberg, fueron infructuosos. Los protestantes desecharon con extraños pretextos las condiciones propuestas, hallando inconveniente que, segun los usos tradicionales, debiese tenerse el concilio en una iglesia; que debiesen obligarse á guardar invariablemente los decretos que formulase; que se le congregase en Milan, Bolonia ó Plasencia, y no en Alemania, etc., etc. Paulo III (13 de Octubre de 1534—10 de Noviembre de 1549) continuó todavia con más ardor que Clemente (que murió el 25 de Setiembre de 1534) la convocacion

del concilio, entrando en negociaciones con los protestantes por medio de su nuncio Vergerio, y le convocó en Mantua para el mes de Mayo de 1537. Esta vez tambien desecharon los protestantes el concilio, reunidos en Smalkalda (Diciembre de 1535), porque se habian encañichado en la opinion de Lutero, de que «los »católicos no pedian sinceramente el concilio, »y que los protestantes, perfectamente ilustrados en todas cosas por el Espíritu-Santo, no »tenian necesidad de él.» Por otra parte, segun ellos, un concilio cuya forma y marcha dependian del papa, no era libre; que era mejor que los príncipes eligieran hombres capaces é imparciales de todos los Estados, los cuales examinasen el negocio y lo decidiesen conforme á la palabra de Dios. La guerra que en el entretanto estalló entre el emperador y Francisco I, la que hacia difícil trasladarse á Mantua, fué un nuevo pretexto para negarse al concilio.

La liga de Smalkalda, renovada con este motivo por diez años, se habia hecho más poderosa por haber entrado en ella nuevos miembros, á pesar de la prohibicion que sobre esto se hizo en Nuremberg. Es verdad que no se realizó la alianza de la Inglaterra con la Francia, como se esperó; mas el nuevo elector de Sajonia, Juan Federico, el Magnánimo, era favorable al protestantismo; la liga habia ganado los duques Ulrico de Wurtemberg, de Barmim, Felipe de Pomerania, el conde palatino Ruprecht de Dos-Puentes, los príncipes de Anhal Jorge y Joaquin, Guillermo, conde de Nassau, varias ciudades de Alemania, y la Dinamarca, inficionada por el protestantismo desde 1536, daba fundadas esperanzas de entrar en la liga.

Cuando se acercaba el término prefijado para la celebracion del concilio, tuvieron los protestantes una nueva asamblea en Smalkalda (Febrero de 1537), en la que se desencadenaron contra el papa más que no lo habian hecho hasta entónces. En ella se adoptaron los XXIII artículos de Smalkalda, redactados por Lutero, que expresaba con energía su oposicion contra la Iglesia católica, y contrastaban por lo mismo, ya en el fondo, ya en su forma, con la confesion de Augsburgo, que se redactó en tér-



minos tan vagos y tan elásticos. Se hizo á Melancton el encargo de escribir sobre el primado del papa y la jurisdiccion de los obispos (*De potestate et primatu papae*); más su trabajo no correspondió á las miras denigrantes de los muchos teólogos reunidos en Smalkalda. En efecto, aunque Melancton habia dicho que el primado del papa no estaba fundado en el derecho divino; pero añadió que convenia conservarle en lo sucesivo, segun el derecho humano (*jure humano*). Lutero, ya enfermo, despechado de esta asercion de su antiguo amigo, abandonó á Smalkalda, dejando á los conjurados por su última bendiccion esta amarga palabra: «¡Que Dios os llene de odio por el papado!» Y desde este momento rehusaron positivamente los protestantes asistir á ningun concilio. En oposicion de la liga de Smalkalda, Held, vice-canciller del emperador, habia logrado con sus esfuerzos que se concluyese la santa liga de los príncipes católicos en Nuremberg en Junio de 1538. La alianza de los protestantes se habia reforzado de nuevo con la añadidura de los suizos, á los cuales, por fin, á petición de los príncipes, y gracias á las hábiles intrigas de Bucero y Capiton, habia consentido Lutero que se uniesen, adoptando por base del tratado la *Concordia Vilttembergensis* (1536). Joaquin II, elector de Brandenburgo, olvidando el ejemplo de sus predecesores, habia abrazado las nuevas doctrinas (1539), que ya su hermano, el margrave Juan de Neumarck, habia adoptado en 1536. Por su parte, Enrique, sucesor del duque Jorge, habia introducido el protestantismo en el ducado de Sajonia, á pesar de la oposicion de sus súbditos. El infatigable Lutero mantenía por su parte la irritacion de los príncipes y del pueblo contra la Iglesia, con una multitud de tratados, grandes y pequeños, que se sucedian con una rara actividad. No se suspendió la guerra religiosa sino por las nuevas victorias de los turcos, que amenazaban la Alemania entera, y se negoció y concluyó en Francfort un armisticio de quince meses, en Febrero de 1539. El emperador pensó aprovechar esta circunstancia para procurar una reconciliacion; llamó teólogos á una conferencia religiosa que debió celebrarse en

Spira, y por causa de una enfermedad contagiosa tuvo que trasladarse á Haguenau (Junio de 1540), y que no se abrió al fin sino en Worms el 14 de Enero de 1541, por los escandalosos retardos de los protestantes.

Eck y Melancton entraron en discusion, partiendo de las bases de la Confesion de Augsburgo, lo que no dejó de dar algun recelo; y por esto el emperador, que tenia convocada ya una Dieta en Ratisbona para el 5 de Abril de 1541, difirió la conferencia religiosa para esta época. El célebre cardenal Contarini se trasladó á Ratisbona para asistir personalmente á la discusion. El emperador habia nombrado de parte de los católicos á Eck, á Julio Pflug y á Juan Gropper, canónigo de Colonia; y de parte de los protestantes á Melancton, Pistorio y Bucero, encargándoles que renunciasen á toda pasion humana, y que no tuviesen otra mira que la gloria de Dios. Les hizo comunicar por conducto del cardenal Granville un escrito que debia servir de base á la conferencia, el que probablemente habia sido redactado por Gropper, y que se llamó el *Interim de Ratisbona*.

Si su redaccion habia sido cuerdamente calculada bajo el punto de vista de la política, no era lo mismo por lo tocante á la fe. Por eso fué vituperada por los teólogos católicos, particularmente por Eck. Sin embargo, esta vez parecia que la conferencia iba á tener un éxito dichoso. Eran tan moderadas las exigencias del *Interim*, que acercaron más que nunca los partidos opuestos. No se habian fijado sobre el artículo fundamental de la Iglesia y sobre el dogma de la satisfaccion. Los protestantes no se mostraban más dispuestos á admitir la confesion auricular y la transustanciacion, principalmente desde que el elector de Sajonia, para reformar el partido, habia enviado á Amsdorf, ortodoxo y estricto luterano. Poco á poco volvieron á las viejas objeciones, y pidieron que se aboliesen las prácticas de penitencia, los votos monásticos, las indulgencias, la invocacion de los santos y todas aquellas cosas que, segun ellos decian, rebajan los méritos de Jesucristo. Se rehusaron á ello los teólogos católicos, y se levantó la conferencia, que, como todas las anteriores, no produjo ningun resultado.



En su consecuencia, el registro de la Dieta declaró que los dos partidos estarían á los artículos en que habían convenido hasta el concilio ó hasta la Dieta que se tendría con el concurso del papa, que se mantendría en todos sus puntos la paz de Nuremberg, y que así quedarían intactas las iglesias de los conventos. Al mismo tiempo el emperador suavizó el decreto de la Dieta de Augsburgo y suspendió todas las causas que estaban pendientes en la cámara imperial, y que se había titubeado hasta entonces en hacerlas entrar en la paz de Nuremberg. A pesar de esto, poco satisfechos los protestantes, hicieron nuevas demandas, que sin embargo de ser muy extrañas, tuvo que admitir el emperador para obtener los socorros que necesitaba contra los turcos.

Hasta la Dieta de Augsburgo había siempre rechazado la Westfalia los esfuerzos que en varias ocasiones se habían hecho para introducir en ella el luteranismo, por miras enteramente políticas. Los partidarios de Lutero cobraron bríos con la liga de Smalkalda. Berne Rottmann, capellan de San Mauricio, cerca de Munster, fanático visionario, comenzó á predicar en las calles las nuevas doctrinas (23 de Febrero de 1532), y habiendo sabido comunicar al pueblo su fanatismo, le indujo á derribar los altares y á destruir las imágenes de los santos. El concejo, de acuerdo con Rottmann y el landgrave Felipe de Hesse, le prestó su ayuda, y el protestantismo fué introducido en Munster, como lo había sido ya en Minden, Erford, Lemgo, Lippstadt y Soert. Fueron obligados los católicos á ceder sus iglesias á los protestantes en 14 de Febrero de 1533. Mas estos progresos fueron pronto cortados y anulados para siglos á consecuencia de las terribles escenas que causaron los anabaptistas, que se apresuraron á concurrir á este nuevo teatro que se ofrecía á los sectarios. Esta secta, cuyos desórdenes habían empezado en Zwickau, no había sido destruida ni de mucho en la guerra de los aldeanos. Despues de la batalla de Franken-Haren, se habían derramado estos sectarios en muchos países, y no teniendo hogar, ni país, ni principios fijos, ni jefes, ni disciplina, se habían abandonado en todas partes á las más

criminales extravagancias. Mientras que la mayor parte de los luteranos hacían degenerar la libertad que reclamaban en una licencia sin freno, estos anabaptistas pretendían mortificar y aniquilar en el hombre todo lo que es humano. Teniendo muchos títulos para ser herederos de los antiguos gnósticos, y aspirando á un espiritualismo no ménos falso que exagerado, despreciaban los sacramentos, las prácticas exteriores y todas las instituciones positivas de la Iglesia, buscando en el Apocalipsis la confirmación de los sueños milenarios, que les eran revelados en sus pretendidas visiones y raptos. Rotmann, de quien acabamos de hablar, había sido ganado para esta secta fanática por un sastre de Leyde, llamado Juan Bockhold ó Bockelson, y un panadero de Harlem, llamado Matthiensen, que había venido á Munster. Establecieron aquí un poder teocrático y popular, del cual Juan de Leyde, era el rey absoluto, Matthiensen el profeta y Knipperdolling el verdugo. Les rodeaban doce jueces, y Munster fué llamada la ciudad de Sion. Matthiensen, en su calidad de profeta, ordenó que se le entregase todo el oro y la plata, y que fuesen quemados todos los libros. Juan, en su calidad de rey, publicó un manifiesto que anunciaba que se pondrían en campaña, que serían castigados todos los ricos y que se sentaría en el trono de David hasta la venida del Señor. Había tomado muchas mujeres y hecho general entre los suyos la poligamia. Apurado el obispo de Munster, logró poner término á estas escenas de horror y espanto el 25 de Junio de 1535; fueron presos Juan de Leyde, Knipperdolling y el canchiller Krechting, expuestos á toda clase de ultrajes, ajusticiados el 23 de Enero de 1536, y sus cuerpos, puestos en unas jaulas, quedaron colgados en la torre de Lamberti. Sin embargo de haber sido dispersada la secta, se mantuvo aún por algun tiempo en Westfalia, y la poligamia que profesaba encontró adherentes en los otros partidos. El mismo Felipe, landgrave de Hesse, el más poderoso y decidido defensor de la Reforma en la Iglesia y en las costumbres, abrazó esta costumbre oriental. Había mucho tiempo que, á pesar de estar casado, vivía amancebado con otra mujer. Con el tiempo



vinieron á asaltarle los remordimientos, sin poderlos hacer callar por medio del principio luterano: «la sola fe salva.» Se dirigió, pues, al astuto Bucero, encargándole una carta para Lutero y Melancton, en la que el landgrave de Hesse, que contaba diez y seis años de matrimonio con Cristina, hija del duque Jorge de Sajonia, y era padre de ocho hijos, manifestaba su deseo de que se le autorizase para casarse además con Margarita de la Sahl, camarista de su hermana Isabel. Su complexion vigorosa, decía, y el tener que asistir con frecuencia á las Dietas del Imperio y de sus Estados, donde acostumbraba vivirse opíparamente, no le permitían estar allí solo, y sin embargo, no podía ir allá con su majer y con una córte de mujeres. Grande perplejidad causó esta carta á Lutero y á Melancton, porque Felipe de Hesse les amenazaba de que retornaría á la Iglesia católica; sin embargo, cedieron á su demanda y autorizaron un segundo matrimonio, á fin de proveer con esto á la salud de su cuerpo y de su alma, no ménos que á la gloria de Dios, como expresa el documento firmado por Bucero, Lutero, Melancton y seis teólogos de Hesse. Mas como no era todavía un uso general el tener dos mujeres á un mismo tiempo, y podía causar esto algun escándalo, debía el landgrave contraer su segundo matrimonio en secreto y sólo en presencia de algunos testigos (3 de Marzo de 1540). Causó esto alguna inquietud á Lutero; mas pronto se tranquilizó, no permitiéndole trastornarse su gran corazón, escribe Peucer; pero la pena y los remordimientos causaron á Melancton una peligrosa enfermedad.

Cuando empezó esto á divulgarse y hacerse público, declaró Lutero «que no había necesidad de justificarla; que no quería negar la autorización del matrimonio doble que él acordó (como hubiera podido, por no haberse acordado sino para tenerse en secreto y por hacerse nula por su publicación), y que, en el caso de hallarla censurable, por su parte no pensaba pedir gracia de lo hecho, y que no reconocía haber cometido ningun error ni lo cura alguna.» El landgrave continuó viviendo pacíficamente con sus dos mujeres, de las cuales la primera le dió todavía dos hijos y una

hija, y la segunda seis hijos, que fueron llamados los condes de Diez.

Contrariado Lutero de todas partes, hacia tiempo que vivía descontento, melancólico y desazonado. Poco satisfecho, según su propia confesión, de su sistema religioso, veía que este sistema hacia todavía ménos autoridad á sus antiguos partidarios. La misma Wittenberg, donde había obrado él mismo en persona y con un celo sin límites, no había hecho ningun progreso moral. Ya en 1533 había dicho en un sermón: «Desde la predicación de nuestra doctrina (la pura doctrina del Evangelio) el mundo se hace cada vez peor, más impío y desvergonzado. Legiones de diablos se precipitan sobre los hombres, que estando iluminados por la pura claridad del Evangelio, son más codiciosos, más impúdicos y más detestables que lo eran ántes bajo el papado. Aldeanos, ciudadanos y nobles, gentes de todos los estados, desde el más grande al más pequeño, no es más en todas partes que avaricia, intemperancia, crápula, impudicia, vergonzosos desórdenes y pasiones abominables.» Irritado á no poder más de la inmoralidad y libertinaje, siempre crecientes, de Wittenberg, abandonó la ciudad con la resolución de no volver más á ella. «Salgamos de Sodoma,» escribía á su mujer; y sólo pudieron obligarle á volver allá las continuas súplicas del elector. Mientras se discutían los principales puntos de su doctrina en Ratisbona, Lutero se hallaba en Eisleben, donde trabajaba para un arreglo sobre minas en nombre de los condes de Mansfeld, cuando descargó un golpe prematuro la muerte sobre el hombre que había tenido el poder y la desgracia de dividir el corazón de los pueblos, de romper el lazo de las familias, de herir profundamente, aunque no de muerte, como él había querido, la Iglesia de sus padres (18 de Febrero de 1546). Lutero terminó su carrera de reformador, como la había comenzado, por el odio contra el papado. Antes de morir reconoció que contiene la Escritura misterios y profundidades insondables, ante los cuales no le queda al hombre sino inclinar humildemente su cabeza. Pero igual siempre á sí mismo, habló con el mismo tono de arrogancia y orgullo que le era